

regaló varias cosas para que las repartiase entre sus amigos, y le encargó que les inclinase á abrazar la religion católica como él habia abrazado. El indio prometió hacer todo lo que se le pedia, y se internó en los bosques. Se ignora si cumplió con su promesa ó si temió ponerla en práctica, pues jamás llegó á tenerse noticias de él ni á saber su paradero. Acaso fué mártir de la religion que habia abrazado ó víctima de la envidia ó rapacidad de algunos que, al verle lujosamente vestido á la europea, le quitaron la vida para hacerse dueños de lo que llevaba.

Encuentro de algunos cadáveres. Dejó Colon la bahía de Samaná, y el 25 ancló en el puerto de Monte-Cristo con la idea de dejar allí una colonia cerca de las auríferas corrientes que habia denominado *Rio del Oro*, pero pronto los sucesos le hicieron alejarse de allí.

La gente que en una lancha habia enviado á tierra, no halló cerca de la playa habitante ninguno; las chozas estaban abandonadas y lo mismo los bosques inmediatos. Los exploradores se adelantaron entonces hácia la costa, y sus ojos se encontraron con dos cadáveres de un hombre y de un muchacho. El primero tenia echada al cuello una soga de esparto de procedencia española, tendidos los brazos y atadas las manos á un madero en forma de cruz. El muchacho estaba sin ligadura ninguna y semi-enterrado entre la arena y las yerbas. Los cadáveres se hallaban tan desfigurados, que no se pudo conocer si eran indios ó españoles. Sin embargo, un funesto presentimiento se apoderó de todos. Al siguiente dia se continuó reconociendo la playa, y el presentimiento tomó las probabilidades de realidad. A no larga distancia del sitio en que habian en-

contrado los dos cuerpos muertos, descubrieron otros dos, de los cuales uno conservaba aun la barba. Ya no quedó duda de que los cadáveres pertenecian á españoles, y todos temieron que hubiese tenido un desastroso fin la guarnicion dejada en el fuerte de la Navidad. Colon levó anclas inmediatamente, y el 27 al anochecer llegó enfrente del puerto. No atreviéndose por temor de las rocas á entrar, permaneció fuera. La oscuridad impedia ver los objetos de tierra, y Colon, que estaba impaciente por saber lo que habia acontecido durante su ausencia, mandó disparar dos cañonazos, no dudando que, si la guarnicion existia, contestaria llena de regocijo á la señal. Pero todo siguió en el mayor silencio. El eco imponente y triste de las montañas respondió únicamente á los disparos de las piezas. La angustia oprimia el corazon de todos, y los ojos de la tripulacion entera estaban fijos en la playa, esperando con ansiedad brillar alguna luz á lo lejos que hiciese concebir alguna esperanza lisonjera. Pero nada; el silencio y la oscuridad reinaban en la isla.

Desastre de la corta guarnicion de la Navidad. En esta horrible congoja permanecieron hasta media noche. De repente se vió deslizarse sobre el agua una canoa que llegaba de la playa con direccion á las carabelas. Poco despues se escuchó la voz de algunos indios que preguntaban por el almirante, diciendo que iban de parte del cacique Guacanagari. Colon se asomó á cubierta para que los indios le viesen desde la canoa, á la luz de unos hachones que hizo encender á fin de que perdiesen el temor que habian manifestado, y entonces penetraron en la *Marigalante*. Colon les preguntó, por medio de los indios que habia llevado á

España y que pertenecian á la misma isla, por los españoles que habian quedado en el fuerte. Los interrogados le respondieron que algunos habian muerto de enfermedad y que otros se habian internado en la isla con sus mujeres. El almirante comprendió muy bien que todos ó la mayor parte habian perecido, pero no quiso manifestar su creencia. Para no inspirar desconfianza á los enviados, les obsequió dándoles vino y de comer; y entregándoles algunos dijes vistosos, pero de poco valor, para su señor Guacanagarí, les despidió afablemente.

Al amanecer del siguiente dia marchó Colon á tierra con la mayor parte de la gente, y se dirigió al fuerte de la Navidad. Nada de lo que habia mandado construir antes de su partida quedaba en pié. La fortaleza de madera, lo mismo que las casitas levantadas junto á ella por los españoles, habian sido quemadas. Cerca de la primera se encontraron algunos cadáveres recién enterrados, y mas adentro otros, cuyos pedazos de vestido indicaban ser españoles. A juzgar por el estado que presentaban sus desfigurados cuerpos, haria un mes que habian sido muertos.

Colon ignoraba qué resolucion tomar al oír que la opinion general se declaraba en contra del cacique Guacanagarí, acusándole de complicidad en la desgracia; pero pronto se desvanecieron esas injuriosas sospechas. Un hermano del cacique, acompañado de algunos indios principales, se presentó en aquellos instantes al almirante. Habia aprendido un poco el español, tratando diariamente con los colonos, y refirió lo que habia pasado. La corta guarnicion no quiso reconocer jefe ninguno desde que se ausentó Colon. Faltos de ocupacion, sin entretenimiento

ninguno que hablase al entendimiento y sí con muchos objetos que arrastraban á la sensualidad; no temiendo asechanza ninguna de los indios, cuya docilidad excedia los límites de lo ponderable, aquellos hombres, que no habian recibido mas educacion que la que le es dable recibir á un pobre marinero, se entregaron á los excesos de los goces carnales á que les inclinaba el clima, la desnudez de sus mujeres y el cariño que éstas les manifestaban. En vano el capitán Arana, que habia quedado de gobernador, les presentaba los funestos resultados que podian sobrevenir si no vivian unidos. Sus consejos fueron desatendidos, y cada cual se fué á vivir independientemente con las mujeres que les dió Guacanagarí. Unicamente diez individuos, fieles á su deber, permanecieron en la fortaleza con el capitán Arana, hombre de recomendables dotes. Entregados los que habian roto la sujecion á su jefe, á los placeres, se internaron en la isla, dirigiéndose cada uno al sitio que mas goces le brindase. El favor que recibian de las indias á donde quiera que llegaban y las relaciones íntimas que establecian con ellas, sin exclusion de estados, excitó los celos de los indios, que esperaban el momento oportuno para vengarse. Pronto se les presentó la ocasion. Caonabo, cacique de otros estados de la isla, hombre que habia visto con malos ojos la llegada de los europeos y el favor que les dispensaba Guacanagarí, mandó dar muerte á varios españoles que se habian establecido en las minas de Cibao, pertenecientes á sus estados. Sabedor de que solo diez hombres habia en la fortaleza de la Navidad, marchó á sitiaria con gran número de gente. D. Diego de Arana y sus diez leales soldados se

defendieron con un valor heroico rechazando á los asaltantes. Pero era inútil su esfuerzo. La fortaleza era de madera, y una noche Caonabo mandó darle fuego. Arana y el puñado de hombres que la habian defendido contra el poder de los indios no pudieron defenderla del furor de las llamas, y abandonando el fuerte para no ser víctimas del fuego, huyeron hácia la mar, donde casi todos perecieron ahogados. Deshecha la fuerza única compacta, fácil les fué á los indios asesinar á los que vivian descuidados en los diversos puntos de la isla.

El cacique Guacanagarí, fiel á la palabra que habia dado á Colon, tomó la defensa de los españoles; pero herido en el encuentro que tuvo con Caonabo, se vió obligado á retirarse, y varias de sus poblaciones fueron incendiadas por el cacique de Cibao.

Se ha dicho por algunos historiadores que la sed de riquezas fué la causa de la sangrienta escena referida, pues, «queria cada cual llenar de por sí su cofre de oro y apoderarse de las vestimentas y adornos de los indios» (1).

Muy pocos eran los indios que llevaban algun dije de oro colgado de la nariz, y esos dijes eran muy pequeños y de insignificante valor. Todo el poder y empeño del cacique Guacanagarí en obsequiar á Colon con aquel metal que, según le habia asegurado, no tenia para los habitantes de la isla estimacion ninguna, y el conseguido de todos los indios á cambio de juguetes europeos, dificilmente ascenderia al valor de dos mil duros. No era posible, además, que individuos que vivian á distancias considerables

(1) Washington Irving: *Vida y Viajes de Colon*.

unos de otros, en medio de numerosas tribus de indios, exigiesen de éstos que les llenasen de oro los cofres, ni que el odio de los habitantes reconociese por origen la codicia que pudieran manifestar los españoles por el referido metal, puesto que para ellos carecia de atractivo y de interés. Pero aun existe una circunstancia que prueba que el oro es el que menos causa tuvo en la muerte de la pequeña colonia. Colon encargó al capitán Arana que todo el oro que adquiriesen á cambio de cuentas de vidrio, de campanillas, cascabeles y abalorios, lo enterrasen en un punto determinado del fuerte, y que, en caso de un próximo peligro, lo arrojasen á un pozo que se hizo en la fortaleza. Pues bien; Colon mandó que se hiciesen excavaciones, que se desaguase el pozo, que se registrase todo, y nada se encontró. Que los indios no se habian apoderado de los tesoros que pudiera haber adquirido Arana, se desprende de que la tierra no se encontró removida, ni seco ni maltratado el pozo. Examinando, pues, con la imparcialidad debida la causa de la catástrofe de los primeros colonos españoles, la encontraremos en la incontinencia que despertó justamente los celos y los odios de los naturales de la isla.

Colon, convencido de la lealtad del cacique Guacanagarí, que aun seguia malo de la herida recibida en defensa de los españoles, fué á visitarle. El cacique recibió al almirante con verdadero placer, y le contó, conmovido, lo que habia pasado con los españoles que dejó en la isla. En seguida, como señal de regocijo por su vuelta y del aprecio que le consagraba, le regaló ocho ceñidores hechos de piedrecitas de diversos colores, que lla-

maban cibas, una corona de oro, tres calabacillas llenas de granos y polvo de oro, y cosa de cien tejillos del mismo metal. Colon correspondió al obsequio con diversos objetos de quincallería, de mas estima para Guacanagari que todos los tesoros de la tierra.

Aunque la amistad del cacique era de gran importancia pra formar una colonia en la provincia de Marien, en que gobernaba, no se encontraron en el terreno las condiciones higiénicas convenientes. Sus tierras eran muy bajas y húmedas; el aire sofocante; y sobre todo, no existía en los alrededores cantería de ninguna especie para poder edificar una ciudad. A estas desfavorables circunstancias, se agregaba el horror que la vista del incendiado fuerte y la consideracion del trágico fin de los españoles que habian quedado en ella, imprimió en el alma de los que al saltar á las playas del Nuevo Mundo, llenos de risueñas esperanzas, no encontraron más que cadáveres de desventurados compatriotas, ruinas y triste soledad.

Colon, viendo que el sitio carecia de las condiciones y elementos necesarios para fundar una colonia, volvió á embarcar la gente, y se alejó triste de aquella playa, en que habian perecido treinta y nueve individuos de los que le acompañaron en su peligroso y primer viaje.

¡Eran los compañeros que habian corrido los primeros peligros con él!

CAPÍTULO VII

Fundacion de la ciudad de Isabela.—Expedicion de Alonso de Ojedá al interior de la isla.—Los indios matan á varios españoles y queman á cuarenta enfermos que vivian aislados.—El cacique Caonabo trata de sorprender el fuerte en que estaba Ojeda.—Lo sitia.—Ojeda echa á volar dos palomas que le regalan, renunciando á comerlas.—El cacique Guacanagari avisa á Colon de que tratan de conspirar los demás caciques.—Colon sale á castigar al cacique que mandó incendiar la casa en que estaban los enfermos españoles.—Alonso de Ojeda captura al cacique Caonabo.—Coalicion de los caciques contra los españoles. Son vencidos. Los caciques se declaran feudatarios.—Tributos impuestos.—Colon envia para venderse como esclavos los indios prisioneros.—La reina Isabel manda que sean puestos en libertad y conducidos á su país.

El almirante se dirigió con la flota á *Puerto de Plata*. Manifestándose, al llegar, contrarios los vientos, los bajeles hubieran sufrido un gran riesgo, á no haber entrado á un gran rio que sale á la mar, como á dos leguas al Este de Monte-Cristo. El puerto lo domina una cordillera de montes, y desde la cima se descubre una graciosa vega. La buena posicion, la feracidad del terreno, la abundancia de piedra, la excelente calidad del agua y la proximidad á las